

MELANIA JACOBY



El texto de la novela no es la biografía, total o parcial, de persona alguna viva o ya fallecida, aunque se hayan utilizado nombres y apellidos que existen o han existido.

La eventual coincidencia de lo narrado con sucesos verdaderamente ocurridos a cualquier persona será siempre mera coincidencia y, en cualquier caso, ajena a la voluntad de la autora.

Por otro lado, todas las fórmulas de hierbas o de cualquier otro preparado que se describen en este libro no tienen ningún tipo de uso ni son aptas para el consumo, declinando toda responsabilidad la autora (y la editorial) si alguien decidiera emplearlas.



A Carlos López Otín,  
por hacer real la magia desde la invisibilidad.



## PERSONAJES PRINCIPALES POR ORDEN ALFABÉTICO

**Adina Jacoby**, tía de Melania

**Alejandro de Lena Martínez de Vega**, cuñado de Melania

**Alfredo (también llamado Uriel) Jacoby**, hijo-hermano de Melania

**Ariel de Lena Jacoby**, hijo de Melania

**Benjamín de Lena Jacoby**, hijo de Melania

**Bernarda Viesques**, abuela de Melania

**Casilda Casariego**, madre de Melania

**Daniel Jacoby**, fundador de la saga

**Gabriel Jacoby**, abuelo paterno de Melania

**Gustavo Fernández**, preceptor de los hijos de Melania

**Juan Antonio Martínez de Vega**, esposo de María Scheredre

**Juan de Lena Martínez de Vega**, marido de Melania

**Luisa**, mujer de confianza de Melania

**Manuel Llaneza**, sindicalista minero

**Manuel Casariego**, abuelo materno de Melania

**María Scheredre Jacoby**, prima de Melania

**Marina Davini**, amiga de Melania

**Miguel Abramski**, explorador polaco

**Petronilo Tejero**, marido de Luisa

**Rafael Jacoby**, padre de Melania

**Samuel Kupper**, médico

**Samuel de Lena Jacoby**, hijo de Melania



*En el primer volumen de Parerga und paralipomena releí que todos los hechos que pueden ocurrirle a un hombre, desde el instante de su nacimiento hasta el de su muerte, han sido prefijados por él. Así, toda negligencia es deliberada, todo casual encuentro una cita, toda humillación una penitencia, todo fracaso una misteriosa victoria, toda muerte un suicidio. No hay consuelo más hábil que el pensamiento de que hemos elegido nuestras desdichas; esa teleología individual nos revela un orden secreto y prodigiosamente nos confunde con la divinidad.*

*(Deutsches Requiem - Jorge Luis Borges)*



## GÉNESIS

*Porque yo lo conozco y sé que mandará a sus hijos y a su descendencia que guarden el camino de Yahveh, practicando la justicia y el derecho, de modo que pueda concederle Yahveh a Abraham lo que le tiene apalabrado». Dijo, pues, Yahveh: «El clamor de Sodoma y de Gomorra es grande; y su pecado gravísimo. Voy a bajar personalmente, a ver si lo que han hecho responde en todo al clamor que ha llegado hasta mí, y si no, he de saberlo...*

*Génesis, 18*



## Y el principio vino con la muerte...

*Y al atardecer, la hora tierna,  
el secreto sabrás de mi inquietud;  
se dice: Juventud hay en el mundo,  
¿dónde está, dime tú mi juventud?*

Jaim Najman Bialik

—QUIERO VER RUIDOS, madre. Vamos barco ver ruidos, haz favor.

Recostada en un sofá bajo un manzano, medio dormida, atendió a las palabras de su hijo y acarició su cabeza.

Lucía un sol del membrillo, septembrino, casi caluroso.

A punto de ceder a la demanda de Benjamín, oyó cómo Petronilo alertaba a la casa. Gritaba que alguien había avistado a una ballena cerca de los acantilados. Se levantó y, de la mano de Benjamín, caminó en dirección a la costa.

Benjamín saltaba señalando hacia la columna blanca que el animal dejaba salir de su cuerpo. Exhalaba un enorme chorro de vapor que aparecía entre las olas. Nadie en la villa recordaba un cachalote cerca del litoral. El puerto había sido cobijo de ballene-

ros siglos antes, pero ya no quedaban pescadores de ballenas. Acudieron a los acantilados campesinos y pescadores, todo el mundo abandonó sus quehaceres y corría por los prados siguiendo la ruta del cachalote.

Alguien dijo que el animal era un narval y surgieron antiguas historias de balleneros. Benjamín palmoteaba sin cesar y pedía ir al encuentro del animal, quería embarcarse y ver el trozo de tierra que flotaba. Al niño, el cachalote le recordaba el sonido de los *bufones*\*, y gritaba sin cesar que había que volver a enganchar la tierra que se había escapado.

Melania miraba la mar.

—Traed el velero a la cala, Petronilo. Ven, hijo, vamos a cambiarnos y verás de cerca la tierra que se ha escapado.

—No, no puede ir señora, es peligroso. No puede ir usted con el niño.

—Sí que puedo, Petro. Da aviso, que traigan el barco a la cala.

Los campesinos la miraron con pasmo y caminaron tras madre e hijo hasta una portilla de madera. Desde allí, ninguno pasaba sin que fuese llamado.

Melania entró en la casa, vio a Samuel y Ariel sentados sobre una alfombra de la biblioteca y les acarició el cabello.

—Vístalos con ropa de abrigo, *mademoiselle*. Saldremos a pasear en barco. Si lo desea, puede acompañarnos.

El aya agradeció apuradamente la invitación y la declinó de la misma manera.

Había oído decir a una de las mujeres de la cocina que un enorme animal paseaba por el mar cercano a la casa. Creía haber entendido «ballena» y no dudaba de la intención de Melania: se acercaría hasta casi poder olerla, la señora era así. Pero ella no tenía interés alguno en ver a un monstruo. Tres días antes, después de la cena, Melania había comenzado la lectura de una novela que pre-

cisamente hablaba de aquellos peces asesinos. Aún se estremecía la mujer al recordar el relato. Seguramente, esa noche terminarían la lectura. No entendía cómo la señora se empeñaba en leer aquello a los hijos. Los criados que lo deseaban, las ayas, Luisa, Petronilo y cualquier habitante de las caserías de la finca, iban llegando a una hora en la que el sol comenzaba a ponerse y tomaban asiento en el jardín o en la biblioteca, según la época del año. Melania Jacoby saludaba a todos con una sonrisa y comenzaba a leer en voz alta. Aquellos días, las aventuras del capitán Ahab y una ballena asesina llenaban de pavor a los asistentes. Y ahora pretendía que ella la acompañase al paseo. «*C'est fou*», murmuró mientras se apresuraba a vestir a los niños.

En la cala esperaba un bote, embarcaron Melania y sus tres hijos acompañados de Petronilo y un pescador. Desde el acantilado, el murmullo se trocó en algarabía y gritos de ánimo a los navegantes. Aparecieron varias barcas en la mar y singlaron hasta el velero. Cuando Melania subió a bordo, vio acercarse más chalupas. Comenzaron a navegar todos hasta la ballena. Primero el velero y tras éste, en una extraña salea que aumentaba poco a poco, las barcas y las chalupas.

—La tierra no mueve ya, mamá.

—Eso parece, Benjamín. Ya no mete ruido, hijo.

—¡Más cerca!

—¡No le haga caso al chico, señora! No debemos acercarnos más.

Petronilo estaba blanco de miedo.

—Hay pueblos que piensan que las ballenas nos cuidan desde el mar, Petronilo, no temas. Al paio, Bonifacio. Veamos qué hace.

Obedeció el pescador y se mecía la nave con las olas proa al oleaje.

Un sonido ronco parecía salir de las entrañas del mar. Melania

miró la piel rugosa del cachalote. Bien podía ser una isla, un trozo parduzco desprendido de la tierra. El velero está pegado al animal más de lo debido, pensaba Melania. En un momento podía sumergirse y estaban demasiado cerca.

—Aléjate un poco. ¿Lo has visto bien, hijo?

Nadie respondió a la pregunta. Melania se había distraído unos segundos encendiendo un cigarrillo, dio la vuelta y su mirada tropezó con las de Petronilo y Bonifacio. Ariel y Samuel miraban en dirección al animal y sonreían mientras agitaban las manos saludando a la ballena. No se escuchaban voces en las barcas que los seguían y que se habían acercado protegidas por el velero.

El mar y la tierra se habían llenado de silencio.

A punto de preguntar qué sucedía, Melania escuchó su nombre. Benjamín la llamaba, pero ella no lograba verlo. Volvió a escuchar el sonido de su voz y vio al niño intentando subir por un costado del cachalote. De los acantilados surgió un rugido, las voces de los campesinos llenas de temor llegaron a sus oídos. Benjamín escalaba agarrado a la costra que era la piel del animal.

—Si se sumerge lo arrastrará, señora. No podemos hacer nada. Pídale que intente regresar nadando, a usted la entiende.

El pescador temblaba al hablarle a Melania. El señor de Lena los mataría a todos. Si algo les pasaba a sus hijos, él los mataría.

—Acércate todo lo que puedas, con cuidado, Bonifacio. Petronilo, haz señas a una de las barcas y vete con Samuel y Ariel.

Quedaron el pequeño velero y el cachalote casi pegados. Melania sonreía a Benjamín, que ya había logrado encaramarse sobre el cetáceo y tumbado sobre él le hablaba y acariciaba la piel costrosa. Melania esperó a que Petronilo y los hijos estuviesen a bordo de una lancha y pidió a Bonifacio que los siguiese. El pescador no se hizo de rogar.

Con cuidado Melania se quitó los zapatos y con la mayor sua-



vidad que le permitía el miedo, se dejó caer sobre el animal. Sintió una sacudida bajo los pies y se tiró cuan larga era junto a Benjamín.

—Tenemos que irnos, hijo. Ahora dame la mano, nos dejaremos caer al agua y volveremos a casa. No grites ni palmotees o la isla se hundirá con nosotros, Benjamín. ¿Lo harás?

—No sé qué es isla, mamá, pero el trozo de tierra volver.

Melania no podía concentrarse en las palabras de Benjamín, le pareció que el animal comenzaba a moverse. Si se lanzaba al mar con el niño y el cachalote se sumergía, los arrastraría al fondo. No podía nadar con rapidez teniendo que sujetar a Benjamín. El viento comenzó a soplar y el mar se rizaba a cada envite del aire contra el agua.

—¿Lo ves? Vuelve casa, no quiere ser solo en mar, mamá. ¡Vamos! ¡Rápido casa! ¡Vamos! No sueltes mano o caerás, mamá. Él quiere ir casa, con nosotros.

Melania Jacoby agarró con fuerza las manos de su hijo y pensó en lo liberador de la muerte. Dejó que su cara reposase sobre un brazo y se acercó aún más a Benjamín.

El animal se movía, en pocos segundos los arrastraría al abismo. Cuando ya esperaba la inmersión con los ojos abiertos, se encontró con el acantilado casi de frente. Se dirigían a la ensenada. Benjamín repetía sin cesar los gritos de ánimo y acariciaba una y otra vez la piel de la ballena. Había soltado las manos de las de su madre y los arañazos provocados por la piel del cachalote estaban llenándolas de sangre, que aparentemente no provocaban ni dolor ni miedo en el niño. La ballena parecía querer vararse en la arena. Pensó Melania en la facilidad de dejarse llevar por la corriente hasta una playa y morir allí. Podía tocar la arena en dos brazadas, y si se dejaba caer con Benjamín, lograría llegar a la playa. Levantó al niño, lo agarró entre los brazos y cuando se disponía a deslizarse con él, la figura de Juan de Lena se hizo presente sobre la orilla.

La miraba y ella conocía aquella forma aviesa de observarla. Iba a matarlos.

—Quiero ver ruidos, madre. Vamos barco ver ruidos, haz favor...

Escuchó a Benjamín repetir una y otra vez la frase y sintió un dolor en el hombro.

—Lo lamento, señora, perdóneme, no me he dado cuenta dónde la tocaba. Se ha escapado el niño y ha venido a despertarla. De todas formas, ya anochece, tiene que entrar.

Melania Jacoby se arregló el pelo y miró a Luisa con miedo; el sueño había sido demasiado real.

Después de la cena, terminaron la lectura de *Moby Dick*. Melania temblaba con cada palabra. Sólo Luisa se dio cuenta de las pequeñas sacudidas del cuerpo, los demás pensaron que la señora tenía frío y una de las mujeres le puso un chal sobre los hombros. El gesto de dolor de Melania pasó de nuevo desapercibido.

Benjamín insistía en ir a las praderías de Pría. El sonido de los *bufones* le gustaba. Cuando iban a pasear por aquella parte de la costa, corría por los prados en busca de nuevos agujeros que hiciesen salir el aire comprimido de entre las rocas; si alguna columna de agua subía entre la caliza, daba gritos y bailaba sin control alguno, seguía el ritmo que emitían los bufones, cabrioleaba al son del silbido del agua, de la furia del viento saliendo por los agujeros. Asemejaba un ave o un cordero, según fuese el sonido, movía los brazos o se envolvía en sí mismo, y la armonía de los movimientos hacía que los campesinos dejaran el trabajo y observasen al *tonto* de Peñapobre.

Así se lo conocía en la comarca.

—Iremos, Benjamín. Haz que preparen todo, Luisa. Mañana comeremos en Guadamía.

A media noche, era incapaz de conciliar el sueño. Asomada al

balcón de su cuarto miraba al cielo. De nada le servía buscar señal alguna, sabía que los milagros no eran posibles. Luisa entró en el cuarto sin esperar respuesta a su llamada, Melania ni la había oído.

—Vengo a curarla, señora. Pensé que dormía, pero vi la lumbré de un cigarro en el balcón. Siéntese.

Dejó sobre un velador una taza y sacó del bolso de la falda un frasco de color azul. Melania bebió la infusión a sorbos lentos. Luisa le bajó el camión hasta la cintura, dejó caer sobre una mano un poco del contenido del bote, frotó mano contra mano y comenzó a pasar el unto por la piel magullada. Melania procuraba no moverse; a cada roce de la mano de Luisa, una lágrima intentaba salir y ella se lo impedía igual que al sonido de los lamentos que luchaban por escaparse de los barrotes que eran los dientes apretados.

—Creo que el unguento funciona, Luisa. Hoy me ha dolido menos. Acuérdate de apuntar las proporciones y guárdalas en algún lugar seguro. Que él no pueda encontrar el cuaderno.

—Sí, señora. He apuntado la cantidad de cada elemento: árnica, avellano, hipérico, lavanda, lila, marihuana, melisa bastarda, saúco, consuelda, beleño negro. De todo eso tiene.

—¿Qué explicación le has dado a Petronilo?

—La que usted ordenó. Una mentira más. Le he contado que el amo tropezó con los frascos y, enfadado, rompió el resto.

—Bien, así está bien, Luisa.

—No, señora, no está bien. No se la ha creído, pero hace como que se la cree. De no ser así, tendría que matar al amo y prefiere pensar que se confunde. Si no lo ve con sus propios ojos, no existe. Piensa que si lo mata, me dejaría sola y es un motivo más para no querer saber.

Con cuidado, intentando apenas rozar la piel amoratada, con pedazos en carne viva, Luisa aplicaba el bálsamo y no esperaba respuesta. Desde hacía años la señora guardaba silencio sobre el tema.

—Hablas como si yo fuese culpable, Luisa.

La mujer dejó de pasar las manos por la espalda y el cuello de Melania. Se limpió los dedos pringosos en un trapo de hilo y, sin pensarlo, la levantó casi en volandas y la puso frente a un espejo.

—¡Mírese! Vuelva la cabeza y mire la piel: morada, amarilla... Aquí, abierta en una herida. Sí que es culpable, lo es, señora. Lo entendería en una campesina, en una mujer de las fábricas. Pero no en usted. Un hombre la veja cada vez que quiere, la golpea a escondidas y usted, la mujer con más poder en toda esta tierra, lo permite, lo oculta a su familia. Más tienen que perder los de Lena que los Jacoby en caso de poner fin a este martirio, pero usted calla, asiente a todo lo que su padre quiere, lo engaña. Y yo soy cómplice de ese silencio que terminará por convertirme en asesina.

—¡Luisa!

—¡Luisa nada! En todo caso alguien debería gritar: ¡Melania! Alguien ha dormido algo dentro de usted, señora, y no sé qué hacer para despertarlo, no sé qué hacer...

—Hoy he soñado con una ballena. Benjamín cabalgaba sobre ella y yo fui en su ayuda. En algunos lugares de los mares del Sur, hablan de hombres que cabalgan ballenas. El día que mi padre me regaló las perlas negras me contó la leyenda. No sé qué hacer, no lo sé. Mi marido me ha dicho que va a meterme en un manicomio, quiere hacer desaparecer a Benjamín y llevarse a mis otros hijos. No puedo hacer nada para impedirlo. Si mi padre se entera, sí que lo mataría, Luisa.

—Si él no muere, nada será posible, Melania Jacoby Casariego. Nada. Matará a Benjamín, la meterá en un sanatorio el mismo día que su padre muera. Desaparecidos Benjamín y usted, no quedará rastro de la casa y la maldad y el odio llenarán nuestras vidas. Si hace desaparecer al elegido, al hijo de la dicha, al predilecto, todo se habrá terminado. Las fuerzas hay que medirlas, con-

trolarlas, pero nunca esconderlas tan dentro del alma que puedan hacerla estallar. Si no se deja salida, el día que logren escapar del encierro, no habrá remedio. Usted ha dejado a Juan de Lena llegar hasta aquí, de haberle puesto freno desde el primer momento, la situación no sería la misma. No hay que temer la fuerza propia. Hay que dominarla, jamás temerla.

Melania intentaba responder con algún argumento, pero al volverse encontró la habitación vacía.

Luisa recorrió la casa hasta llegar a la puerta de la cocina. Allí un hombre esperaba sentado en los escalones.

—Esta misma noche has de llegar a Oviedo. Entregarás esto al amo. A nadie más que a él, léelo y memorízalo por si tienes que destruirlo. Duerme en la casa y regresa mañana en cuanto puedas, que nadie note tu ausencia.

Partió el hombre y Luisa se dirigió a su cuarto. Petronilo fingía dormir y no hizo preguntas. No importaba nada la opinión de Melania, ya no. La vida que estaba en juego no era solamente la suya.

El velero surcaba el mar, disfrutaban de la vista. Ni una gota de niebla o bruma impedía ver el Benzúa y el Mofrechu. Rodearon la Isla de Poo y continuaron camino de Pría. Bordeando Cabumar, un aeroplano pasó en vuelo rasante sobre el velero y Petronilo despotricó un buen rato contra el artefacto y su piloto. El mar se alborotó y los niños saludaron desde la cubierta. El aya de Benjamín pronunció unas frases que hicieron a Luisa mirarla con severidad y llamarla al orden. Melania siguió el rastro del aparato hasta que lo perdió de vista, le habría gustado conocer la sensación que provocaba viajar por el aire y ver la mar, los montes, desde una avioneta. Aún no había sido posible, pero algún día lo haría. Algún día encontraría tiempo y momento para hacer lo que no era posible

entonces. Sacó de una funda la Leica que su padre le había traído de Leipzig esa primavera y fotografió a sus hijos, el mar y los horizontes llenos de montañas pedregosas y no lineales. El horizonte no siempre era recto.

Llegando a Guadamía, Melania contempló el Suevo y el cabo de Lastres. En el mar todo parecía estar cerca. Fondearon a la entrada de la ensenada y se trasladaron a tierra en dos lanchas que esperaban a los viajeros.

El abra de Guadamía separaba Llanes de Ribadesella en una grieta casi perfecta que parecía horadar la tierra para aumentar su belleza. El río había taladrado la roca con la fuerza de un rayo. Melania subía por el acantilado pensando en las palabras de Luisa la noche anterior. Los rayos provocaban estruendos al abrir fisuras. El agua, pensaba Melania, era más lenta, pero siempre encontraba camino. Sonreía viendo a Benjamín intentar zafarse de las manos del aya y a la vez lo hacía sabiendo que su pensamiento sobre el rayo y el agua no eran más que intentos de olvido o disculpa hacia algo a lo que ni ella misma encontraba explicación.

—No ruidos, madre. ¡Ruido no sale!

Benjamín colocaba la cabeza contra la tierra con el propósito de que el sonido llegase a él, pero aquel mediodía era demasiado plácido para que los *bufones* dejaran salir más que leves chorros de aire y apenas unas pocas gotas de agua.

—Vamos a pasear un rato, hijo. Más tarde se escucharán los ruidos, ya verás.

Siguiendo la costa, caminaron madre e hijo acompañados a distancia por las mujeres que cuidaban a Samuel y a Ariel. Luisa disponía la colocación de los toldos y la comida discutiendo con Petronilo por cualquier pretexto. El tejero no terminaba de acostumbrarse a los refinamientos de su mujer. En ocasiones, era peor que la señora.

Caminando por la pradería de Bramadoriu en busca de ruidos, Benjamín llegó a la poza las Grallas. La tierra se abría en mitad del campo y una sima comunicada con el mar aparecía en mitad del campo. Entraban y salían pájaros sin parar de entre las oquedades de la roca.

—Madre, hay un poco ruido, algo suena fondo. ¡Bajar! Vamos bañarnos, ven.

—¡No, Benjamín! Después de comer, si quieres, nos bañamos en la playa, ahora siéntate un rato hasta que lleguen tus hermanos.

—Bueno. ¿Te duele golpes?

Melania Jacoby miraba al mar y volvió la cabeza con un movimiento brusco hasta chocar con la mirada de Benjamín.

—¿Qué golpes, hijo?

—Vi cómo el hombre te pegaba contra tu sitio de mezclas. Escuché lo que decía. Va a matarme, eso dijo. Dice que yo no entiendo nada, que soy tonto. El tonto de Peñapobre me llaman, madre, y él también lo hace. Juega con mis hermanos, pero nunca conmigo. No volveré a dejar que te dé golpes, mamá. No voy a dejar que nos mate. Es malo. Voy a decírselo a la abuela, lo encerrarán a él, mamá. Nunca más volverá a pegarte. Siento ser tonto. No te muevas madre, no te muevas, tienes un prendedor con alas en la cabeza, déjame verlo. Reluce contra tu pelo rojo.

Estiró el niño la mano hasta tocar el cabello de su madre. La mujer no podía articular palabra. Benjamín había hablado con toda normalidad, sin mezclar vocablos, sin confundirse. Notó su mano retorcida, tullida, sin apenas sangre, tocándole el cabello, y permaneció quieta intentando hallar una respuesta, algún razonamiento que ofrecer a su hijo. Debía impedir que el niño contase nada de lo que, al parecer, había visto.

—Mira, mamá, son del color de esas piedras que te regala el abuelo, casi azules. Son caballitos del diablo. En fino se llaman li-

bélulas, me lo enseñó la tía Adina: piensa que soy demasiado campesino. Estaba preciosa en tu pelo, mamá. Eres tan bonita como las pinturas de las que habló la abuela al regresar de Italia. Algún día podrás ir, mamá, ya verás como sí. Y surcarás el cielo en un avión como ése. Él no volverá a hacernos daño nunca más, lo he jurado. Vete, libélula, vuela...

El muñón casi inservible, que era la mano de Benjamín, se alzó al aire y el caballito del diablo voló sobre su cabeza subiendo, bajando, dando vueltas a su alrededor hasta desaparecer camino de los matorrales de tojo y brezo que se extendían por la pradería.

Melania cogió a su hijo por las manos y las acarició.

—No debes decir a nadie, ni a la abuela, eso que me has contado a mí, Benjamín. No volverá a suceder, te has confundido, lo que has visto no lo has entendido, hijo. Prométeme que no contarás nada nunca.

—¿Vas a tratarme como a un tonto, mamá? Te prometeré lo que quieras. Después, Benjamín, hará lo que se le antoje.

—Hijo, no puedes hacerme esto. Escúchame, Benjamín.

Comenzó a agitarse el pecho del niño. Movía la cabeza de un lado a otro y emitía sonidos agudos. Melania era incapaz de hacerlo atender. Era imposible que hubiese hablado de forma normal, jamás lo había hecho. La madre pensó que algo estaba alterándole la cabeza, descomponiendo su ánimo, y que soñaba desatinos. La esperanza de un Benjamín normal, sin tropiezos al hablar, hacía que oyese lo que no era posible.

—Benjamín comer. Samuel, Ariel, vamos. Benjamín comer, madre ha dicho que bañarnos con ella después comida.

Luisa la vio llegar descompuesta, pero no hizo pregunta alguna. Comieron protegidos del sol bajo la carpa. Melania miraba sin punto fijo. Intentó encontrar un indicio en Benjamín de la manera de hablar que ella le había oído en el borde de la poza, pero ni ras-



tro quedaba de la lucidez que ella había soñado.

—¡Vamos bañar, mamá!

—¡Ahora ni hablar, Benjamín! Se te cortarían la digestión.

—Si vamos ahora mismo no, Luisa. El agua no está fría. No riñas y vamos.

Ariel y Samuel se negaron a bañarse, a los pequeños no les gustaba el mar y Melania no insistió. Les prepararon unas colchonetas y los niños quedaron al amparo de la sombra y arrullados por la voz de las nodrizas.

Petronilo y varios de los hombres habían alejado del arenal y las praderías a los campesinos y a algún pescador que, curioso, acudía a ver el barco de los Jacoby. Melania entró en una caseta, mientras Luisa ayudaba a quitarse la ropa a Benjamín. Protestaba sin parar la mujer y Melania dejaba caer la ropa al suelo de madera sin prestar atención a las palabras de Luisa. Se vistió con una camisola de hilo que apenas le tapaba las rodillas.

—¡Vamos, mamá! Benjamín no tener miedo ni frío, calla Luisa.

—Esta costumbre no es decorosa, señora. Un día tendremos un disgusto, uno más.

—Posiblemente, Luisa; seguro que tienes razón, pero voy a continuar haciéndolo, es de las pocas cosas que puedo hacer, y a escondidas.

De la mano de Benjamín entró en el agua. Cuando le llegó a la altura de los hombros caminó hacia unas rocas, se sacó la camisola y la dejó con cuidado sobre la piedra.

—Vamos, hijo. ¿Podrás llegar hasta el barco? Vamos a intentarlo.

Nadaba al ritmo de Benjamín, que la salpicaba a cada brazada. Sintió escozor en la espalda, la sal curaría las heridas. El agua le acariciaba la piel y sentía un placer que jamás había sentido fuera

del mar. A cada movimiento, en cada giro, el mar entraba en ella y volvía a salir con suavidad. Se acercó a Benjamín y lo abrazó riendo. Besó la cara mojada de su hijo y le revolvió el pelo. Ni los golpes ni la furia desatada de su marido podían arrebatarle aquellos momentos con Benjamín y sus otros hijos. Juan de Lena pensaba que aquello era un destierro y bien se cuidaba ella de que continuase pensándolo. No había mundo más feliz ni sociedad más perfecta que la que ella estaba comenzando a tejer al margen del mundo al que pertenecía. Nadaron de nuevo y el niño señaló hacia la playa. Giró la cabeza y vio a Luisa agitando los brazos. Siempre estaba pendiente de ella, podía ser agobiante. No entendía qué quería decir. A punto de dar una brazada y animar a Benjamín a imitarla, oyó un grito.

—¡Allá sopla!

Desde el acantilado, alguien había gritado aquella frase, uno de los hombres de la tripulación señalaba hacia la mar y Melania vio una columna de agua. No podía estar soñando de nuevo. Petronilo le gritó desde el borde de unas rocas.

—¡Vuelva, señora! Hay una ballena y dicen que se dirige a la cala. ¡Vuelva!

Benjamín quería continuar en el agua. Melania lo agarró por un brazo y lo obligó a subir a las rocas. Petronilo descendía a por el niño. Lo alzó sobre los hombros y ascendió de nuevo con él como si fuese un fardo.

Melania se tranquilizó. No era muy normal avistar una ballena, y el tripulante del barco bien se había aprendido el grito de los antiguos balleneros, pero no sucedía nada extraordinario. Volvió a sonreír pensando en la imaginación desbordada que tenía. Su hijo cabalgando sobre una ballena. Cuando se lo contase a su madre, Casilda Casariego terminaría escribiendo un pequeño cuento con la historia. Se dejó flotar boca arriba y sintió el sol en la tripa, los

pechos, las piernas. La espalda estaba curtiéndose con el salitre, se curaría pronto y con el unguento de cada noche no le quedaría ni una sola marca. Era hora de regresar. Luisa y el resto habían dejado de gritar. El mar la aislaba hasta de Luisa. Nadó hacia la roca en que había dejado la camisola de hilo. No estaba. Alguna ola se la habría llevado. No le importó, Petronilo apartaría a golpes, si era necesario, a los mirones.

—¿Buscas esto, señora de Lena?

Melania comenzó a temblar. A pocos metros de ella, sobre una roca, Juan de Lena, con la camisa de hilo en la mano, la miraba.

—Eres una puta como todas las de tu raza, Melania. Te gusta bañarte desnuda. Supongo que hasta fornicarás con alguno de esos cabrones que siempre te acompañan. Seguro que con Petronilo. Tú y la bruja de Luisa seguro que hacéis con él lo que os apetece. ¡Ponte esto, zorra!

Subió por la roca hasta quedar a la altura de su marido, extendió la mano para coger la prenda y sintió el golpe en la cara. Se tambaleó y se enganchó a la camisola. Buscó a Luisa con la mirada.

—Se han ido, Melania. Están en los camiones camino de casa, les he dicho que yo regresaría contigo en el velero. No hay nadie cerca más que la tripulación y desde allí no nos ven ni pueden ayudarte.

Melania Jacoby se puso la camisola y cuando la mano iba a caer de nuevo sobre ella, se revolvió y logró esquivarlo. Miró el agua a unos metros bajo sus pies, se dejó caer y nadó mar adentro acercándose a un camino que utilizaban los pescadores. Comenzó a subir agarrándose a matojos y piedras. Llegó sin resuello, resbaló sobre la hierba y respiró entre sollozos.

—¡Da igual que corras como que no, Melania! Ayer, la arpía de tu Luisa envió a un hombre con una carta para tu padre. El pobre diablo ha sufrido un accidente y ha perdido la carta, la tengo

yo. Temo que no podrá hablar en mucho tiempo. Tu padre está ocupándose de él. Los Jacoby siempre tan caritativos y humanitarios. Así que pensabas contárselo...

—Yo no voy a contar nada, Juan, te lo juro. No sabía nada de eso. Nada.

—No te creo. Levántate y ponte esto, no puedes ir a pasear desnuda.

—No quiero ir a pasear, quiero irme a casa.

—Iremos. ¡Vístete! O mejor aún, déjame que sea yo quien lo haga, Melania.

Juan de Lena se acercó a su mujer, le arrancó la camisa y le tiró del pelo. Con la otra mano le agarró un pecho y lo retorció sin dejar de sonreír. Ella lloraba en silencio.

—Aúlla como una perra, Melania. Grita pidiéndome que te deje y lo haré, te lo prometo.

Apretaba cada vez con más saña la carne y Melania Jacoby sentía un dolor agudo, insoportable, pero de su boca no salía sonido alguno.

Juan de Lena la dejó caer al suelo y la golpeó en el pecho, en los brazos, mientras la insultaba sin cesar. Paró sin previo aviso y comenzó a vestirla. Las bragas de encaje quedaron rotas, la falda mal colocada y el sostén y la blusa de seda cubrieron el cuerpo de Melania sin ningún orden. La levantó con fuerza y le alisó el pelo húmedo con las dos manos.

—Si supieses el placer que me das, Melania, si pudieses entender el placer que siento al verte así: casi rota, humillada. Ninguna de las mujeres que tengo me da lo que tú me das, querida Melania. Ellas gritan o suplican, tú no, y eso me excita tanto que jamás podrás comprender lo que es el auténtico placer. No usas esas extrañas fajas que se ponen ellas, siempre estás al alcance de mi mano, con buscarte bajo las faldas ya te siento. A ellas no.

Con la cabeza baja, Melania continuaba llorando. Una voz hizo que levantase la cabeza.

—¡Madre, ruidos! ¡Mar ruidos!

Benjamín corría hacia ellos.

—¿Qué coño hace el imbécil aquí? Debía estar camino de la casa con los otros. Por cierto, se terminaron las señoritas francesas. He traído de Oviedo a tres mujeres que se ocuparán de mis hijos, una es especialista en tarados, al menos eso me han dicho. Le dará la educación dura que necesita este anormal. Han venido con un cargamento que envía tu padre. Antes parece ser que no me viste: me he comprado un aeroplano. Melania, algún día te arrojaré desde él. ¿No te da miedo?

—No hables de Benjamín de esa manera. Sí, me da miedo.

—Hombre, ahora la señora habla. Es un imbécil, un hijo del diablo, un tonto, escúchalo bien, es imposible que esa deformidad sea hijo mío. Y el día menos pensado lo encerraré en un asilo, tenlo por cierto. ¡Vete de aquí, chico!

Benjamín llegó corriendo al lado de su madre y se agarró a la falda.

—Mar suena, madre, escucha. Más, más, suena más cada vez.

La pradería entera empezó a temblar bajo sus pies. Un sonido ronco llenó el aire y el sol se ocultó entre unas nubes que bajaban de la montaña.

Juan de Lena enganchó a Benjamín de los pelos y el niño gritó de dolor.

—Suéltalo, Juan.

Sonó la voz de Melania Jacoby tan ronca como los retumbos que comenzaban a salir de la tierra. Juan de Lena dejó a un lado a Benjamín y agarró a Melania por un brazo.

—¿Tú me hablas así, Melania? Verás el susto que puedo darle a tu hijo, señora mía, veremos cómo se bajan esos humos que tie-

nes. Esta vez sí que gritarás, Melaní.

Alzó en brazos a Benjamín y comenzó a caminar con él en dirección a los *bufones*. Ascendía a paso rápido por el prado y Benjamín chillaba. Melania no notaba el dolor en la planta de los pies descalzos mientras corría tras ellos. Se paró Juan de Lena justo al borde de un *bufón* del tamaño de un tonel y dejó en el suelo a Benjamín. Volvió a subirlo en volandas y lo sujetó al borde del agujero.

El mar sonaba con fuerza bajo la tierra y comenzaron a caer motas de agua salada sobre la hierba. La pradería entera era un quejido. Nubes de agua comenzaron a salir por los *furaos* y la noche apareció de pronto. Melania Jacoby se dejó caer de rodillas ante Juan de Lena.

—Haré lo que tú quieras, suéltalo, por favor. Déjalo venir aquí, te lo suplico.

—Bien, suplica, Melania, suplicámelo. Benjamín, ¿quieres ir con tu madre?

—¡Benjamín tiene miedo, suéltame, sí! ¡Madre!

—Yo sí quiero que lo sueltes, Juan.

Rafael Jacoby, de pie tras su hija, no quiso analizar lo que estaba viendo ni qué podría haber pasado antes.

Mataría a Juan de Lena y después se enteraría de qué había sucedido durante aquellos años. El hombre que Luisa había enviado yacía muerto en su casa de Oviedo, pero antes de morir tuvo tiempo de hablar y repetir palabra por palabra el contenido de la carta. Era un buen servidor que conocía los secretos de la casa y la norma que regía: memorizar los textos ante el peligro de perderlos.

—Estábamos jugando, es un juego, Rafael. Vete con tu abuelo, hijo.

Benjamín corrió a los brazos de Melania, que no se había girado para ver a su padre. Se puso en pie con dificultad y sintió la mano de Rafael sobre su hombro. Volvió el dolor a dejarse notar

en su cara y Rafael Jacoby apartó con cuidado la seda de la blusa. Tropezaron sus ojos con la piel golpeada y apenas pudo contener la cólera en la voz.

—Iros, Luisa espera en L'Aguamia, hija.

—Suenan, tierra, suenan, tierra, madre...

Benjamín empezó a bailar al ritmo del bramido de los *bufones*. Las columnas de agua comenzaron a brotar con fuerza. A cada envite del mar, salía el agua disparada y el aventar de los *buracos* atronaba el aire. Tal que miles de bufidos de animales furiosos resoplaba la tierra.

Juan de Lena caminó hacia Rafael con mirada amistosa. Se le helaron los ojos cuando vio un revólver en su mano.

—Vete, Melania, vete con Benjamín, por favor.

—No, padre. Vete tú. Benjamín, acompaña a tu abuelo.

—No, Benjamín baila, mira. El trozo de tierra chocar contra costa, viene ayudar. Traer el mar a nosotros, madre.

Y volvió a su danza el niño sin prestar más atención que al sonido, que a cada momento era más terrorífico.

Nunca, dijeron después los campesinos de la zona, se había visto tormenta igual. Nunca habían sonado los *bufones* de Pría de tal manera. Era como si el infierno quisiera salir por entre la piedra y la hierba.

—¡Has creído a esta loca, Rafael! Está loca, es cierto, y es una zorra que me falta al respeto hasta delante de los criados, nunca quise contártelo, pensé que lograría dominarla.

El hombre se acercó a Melania y la agarró por los brazos zarrandeándola.

—¡Dile la verdad a tu padre! ¡Dile que estábamos jugando con nuestro hijo!

Antes de que Rafael Jacoby pudiese intervenir, Melania elevó el brazo derecho y apartó a Juan de Lena con suavidad. Se levantó

el viento en remolinos que hicieron que el agua que surgía de la tierra mugiese más fuerte. El cabello de Melania flotaba en el aire.

—No volverás a tocarme. No volverás a maltratar a mi hijo. No volverás a causar mal a nadie, Juan. Vete de mi vida y de la vida de la tierra. Tu tiempo ha pasado y hoy comienza uno nuevo. Vete, Juan.

Juan de Lena sintió una fuerza en el pecho que no lo dejaba avanzar. Bajo sus pies, un temblor. Se agrietó la hierba y un chorro de agua salió de la tierra. El agujero se hizo mayor y Juan notó con pánico cómo una fuerza lo levantaba, y cuando se retiró la columna de agua salobre, él la acompañó hacia al interior de la sima.

Rafael Jacoby abrazaba a su nieto apretándolo contra su pecho evitando que viese cómo su padre desaparecía entre el agua y dentro de la tierra.

Aquella tarde de septiembre, un nuevo *bufón* apareció en la pradería de Bramadoriu.

—Vamos, padre. Hay que avisar a los hombres de que el señor de Lena ha tenido un accidente. Que comiencen su búsqueda de inmediato.

Rafael Jacoby siguió a su hija camino de Guadamía. La pradería era una enorme caja de resonancia. Repetía un sonido similar a un corazón acelerado, a un corazón bombeando sangre sin control alguno. Al paso de Melania, retornaba la calma y los que asemejaban latidos bruscos, desordenados, fueron descendiendo hasta desaparecer. Lo mismo hicieron las nubes.

Luisa se acercó. Puso sobre el cuerpo de Melania una capa negra que tapó todo su cuerpo e intentó arreglarle el cabello.

—Déjalo. Llama a los hombres del campo y a los del velero, que vengan enseguida.

Rafael continuaba sin pronunciar palabra. Sintió miedo, sobre todo cuando comenzaron a llegar los hombres. Buscaba algo



coherente que decir. No tuvo oportunidad. Melania lo hizo por él.

—Organizad de inmediato patrullas de búsqueda. Los tripulantes del velero embarcad y bordead la costa. Avisad a todas las embarcaciones de Llanes y Ribadesella y que se pongan a la misma tarea. Pagaré cada día de búsqueda al doble de lo que puedan estar ganando ahora.

Se dirigió luego al criado.

—Petronilo, regresa a la casa, trae faroles, linternas, hombres. Que enciendan hogueras por los acantilados y que no descance nadie hasta encontrar el cuerpo de mi esposo. Quien lo halle recibirá una recompensa que le permitirá vivir el resto de sus días. Yo vuelvo a casa con mis hijos.

Un coche los esperaba, subieron Melania y Benjamín. El chofer abrió la puerta a Rafael y antes de que pudiese subir, se escuchó la voz de Melania.

—Conducirá mi padre. Únase a la búsqueda.

Benjamín acarició el cabello de su madre y le señaló algo en la distancia.

Una bandada de cuervos apareció en el horizonte.

—Vienen de la Poza las Grallas, madre, vienen a vernos. Son bonitos los pájaros negros.

—Sí, hijo, son hermosos. Vamos, padre.

Los hombres que estaban en la pradería contaron más tarde que la bandada de cuervos desapareció en el mar, y algunos juraron haberlos visto entrar y salir de la grieta por la que había desaparecido Juan de Lena.

Avanzaba el automóvil penosamente camino de Llanes\* de Pría hasta alcanzar la carretera que los conducía a la casa. Ninguno de los tres hablaba. Benjamín jugaba con los dedos, los contaba una y otra vez. Cuando llegaba a la mano tullida, acariciaba el muñón y volvía a comenzar con la otra.

Rafael rompió el silencio.

—No ha sido culpa tuya, Melaní.

—Sí lo ha sido, padre. Consentí durante años lo que no debía haber consentido. Y hoy he deseado su muerte. Pero no hablemos de culpas: no las hay. Ha muerto, tan sólo eso.

—Has mandado que lo busquen, Melania. No te entiendo. Sabes que jamás aparecerá.

—No quiero que aparezca pero no quiero que nadie pueda decir que no siento su muerte. Que nadie pueda hablar de un desinterés en la familia Jacoby por encontrar el cuerpo, padre.

Rafael miró por el espejo retrovisor e hizo un gesto señalando a Benjamín.

—Él no volverá. Es pena que Benjamín no tenga padre: estábamos jugando con mi madre, abuelo, viniste tú y todos mirabais cómo bailaba Benjamín. El hombre aplaudía y sin querer dio un traspies. El ruido del agujero seguro que estaba tapado con hierbas, abuelo. Es una pena que Benjamín no tenga más padre.

—Sí, hijo, es una pena que no tengas padre, ciertamente lo es. Duérmete un rato. Eso es lo que ha sucedido. Y así lo contaremos.

Rafael Jacoby asentía con la cabeza. Su hija poseía una fuerza interior que él no había sido capaz de vislumbrar hasta ese momento. Adina no se equivocaba. Comenzó a musitar unas frases y la voz de Melania lo interrumpió.

—¡No, padre! No hables de eso, deja la Kabala a un lado, deja la supuesta magia, no hables en hebreo, no digas ni hagas nada. Haberlo hecho, antes, no ahora. Nadie ha cometido acto malvado alguno, nadie. El alma se dirige siempre hacia donde su atracción la impulsa y la de Juan estaba destinada al abismo. Él mismo ha buscado su muerte. No quieras encontrar otras explicaciones. Yo necesitaba ser libre, lo ansiaba. Tenía que velar por Benjamín, si ahora nos enzarzáramos en discutir sobre la Luz Infinita, el espacio

vacío, el encadenamiento de los mundos, no llegaríamos a nada. Sólo a discusiones sin sentido, padre. Repite sin cesar: *Bendito seas, oh Eterno, Dios nuestro, Rey del mundo, que yergues a los que están doblegados...* Dilo una y otra vez hasta que logres entender que las cosas tienen su porqué y las fuerzas que ayudan a los sometidos no siempre han de ser obra de demonios, padre. Repite una y otra vez esa frase hasta que sólo puedas pensar en ella y olvidar todo lo demás. Yo, esta tarde, me he erguido. Quien se yergue es porque ha sido doblegado. Simplemente, se ha cumplido la voluntad, en este caso la mía. No veas cosas extrañas donde no las hay. No creas que has presenciado un milagro, olvida el Deuteronomio, olvida el Libro de los Reyes, no ha sido pasto de las aves, padre. Ha sido víctima de su propia locura, si es que así se puede denominar a la maldad. De poco me han servido tantos estudios, horas de lectura y conocimiento de libros sagrados. Me he puesto la justicia como coraza y mi túnica ha sido la venganza, padre. Así de simple es todo. Las escrituras no son más que relatos novelados.

—Hija, no hables así, por favor.

—No soy uno de los treinta y seis justos, padre. Yo cuidaré en lo que pueda de tus gentes, de mis gentes, pero no hay milagros ni yo soy una elegida para obra alguna. En cuanto pueda, empezaré con la tarea que me espera, aprenderé lo que tengas que enseñarme, lo que aún me queda por saber, pero no pienses en milagros ni en elegidos. No existen. ¿Hoy es Iom Kipur?

—Sí, Melaní, así es.

—Puedes elegir entre el perdón o la ira, padre. Dies irae, dies illa, Solvet saeculum in favilla: Teste David cum Sibylla.<sup>1</sup>

—No hables así, hija.

—¿Por qué no? Yo elijo el perdón. Hoy es Iom Kipur, hoy es

---

1. Día de la ira, el día en que caerá la tierra en cenizas, como testimonian David y Sybilla.

el día del perdón.

—Sabes perfectamente que no existe perdón para lo que dices no haber hecho, Melania. Al menos no en este día.

—Te confundes, padre: hoy os perdono yo a todos. Por no haber visto ni escuchado con atención. Por no haber puesto cuidado ni mimo al mirarme. De haberlo hecho, sabríais que mi mirada estaba muerta. Mis ojos lo decían y nadie quiso verlo. *Y toda hija que posea una herencia en una de las tribus de los israelitas se casará con uno de un clan de la tribu de su padre para que cada uno de los israelitas posea la herencia de sus padres. No podrá pasar una herencia de una tribu a otra.* Tú has permitido alianzas contrarias a tus creencias y sin mirar más allá del interés que creías podría proporcionarte. Hoy sí es día del perdón, padre: yo te perdono y espero que tu Dios también lo haga. Hoy sí que necesitas un Iom Kipur en tu alma.

—¡Melania! Te estás excediendo, hay cosas que no comprendes, no entendiste los motivos de mi insistencia en ese matrimonio. Ayuda a mantener la apariencia y eso nos permite hacer lo que de ningún modo podríamos lograr sin mezclarnos con ellos. Jamás pude pensar que Juan de Lena era un loco, un desquiciado. Nada me lo hacía sospechar, hija. No dejaste entrever ninguna señal, Melaní.

—Me comporté como lo que no soy: una buena judía. Me sometía a un destino casi bíblico. No he dejado que me convirtiese en lo que él deseaba, intentó expulsarme de lo que él creía era una vida ideal en Oviedo, pensando que esta tierra en la costa era un destierro cruel, y al final iba a hacerme desaparecer a Benjamín y a mí. Toda una lección de historia, padre. Toda una tradición de siglos concentrada en estos pocos años de vida con él. En el fondo, organizaba un *pogromo* familiar. Defiendes estirpes, tratas de salvar vidas y a poco dejas ir la mía.

Continuaron el camino en silencio, Rafael meditaba las palabras de Melania. Tenía tal vez razón y jamás podría perdonarse por ello.

Benjamín dormía mientras Melania acariciaba su cara y su pelo. Deseaba creer cada una de las palabras que le había dicho a su padre, tenía que aferrarse a ellas para no sentir un peso en el alma más fuerte del que padecía antes de la muerte de Juan de Lena. Traspasaron los portones de Peñapobre y, al llegar a la casa, vio que alguien había informado a las fuerzas vivas de la villa. Respiró hondo, le abrieron la puerta del coche y Melania Jacoby Casariego descendió con su hijo en brazos. Los que la vieron juraron que el dolor y la desesperación se dibujaban en la cara de Melania Jacoby Casariego. Era, aquella tarde de septiembre, una mujer rota por la pena, contaron las lenguas de la villa costera, las capitalinas y las mineras. Cierta fue la descripción. Erróneo el motivo que pensaron los contadores de historias ajenas. Estirada en la bañera, agarrada al borde de la porcelana, apoyando la barbilla sobre las manos, Melania dejó que Luisa volviese a curar las magulladuras. Ninguna de las dos mujeres hablaba. Los niños estaban en el cuarto de juegos y su padre atendía a los visitantes que llegaban atraídos por la desgracia. Adina y Casilda Casariego no tardarían. Sintieron una llamada en la puerta del cuarto y Luisa miró a Melania. En su cara, el temor quedaba reflejado por unas manchas casi violetas bajo los ojos.

—No quiero ver a nadie ahora. Si llegan mi madre y mi tía, díles que las veré cuando termine de asearme.

—No puedo impedir el paso a las señoras.

—Tú puedes mucho. Esta tarde has dejado bien claro el poder que tienes sobre mí. Si puedes conmigo, puedes con cualquiera.

Bajó la vista la mujer reteniendo una réplica en la boca y caminó hacia la puerta. Melania sintió la voz de una de las mujeres de la casa y los pasos de Luisa encaminándose al baño. Se irguió, y

con el movimiento una pequeña cantidad de agua quedó dispersa sobre las losas del suelo. Luisa las limpió sin hablar y Melania dejó que la envolviese con el albornoz.

—¿Qué querían?

—Don Alejandro está en el jardín, dice que quiere hablar con usted, señora.

—Ya. Prepárame la ropa, iré a ver a mi cuñado.

—Pienso que mejor se queda en la cama, al menos en el cuarto. No baje.

—Prepárame la ropa te digo, ahora ya no hay vuelta atrás.

Se peinó con un moño en la nuca, al menor movimiento brusco se desharía. Vestida con un pantalón de franela y un jersey de pico sobre una blusa, Melania Jacoby descendió por la escalera de servicio, llegó a la cocina y de ahí al jardín. Siguió un sendero de guijo y vio la lumbre de un cigarro. Alejandro de Lena, con ropa de montar, el pelo alborotado y con cara de agotamiento la esperaba dando vueltas alrededor de la mesa de piedra del cenador.

—Hola, Alejandro.

—Melania, te agradezco que vengas aquí. Me molesta la gente, ahí en la casa, sentados bebiendo y esperando noticias sin hacer nada. ¿Cómo estás? Necesito que me cuentes lo sucedido, no logro entender el descuido de Juan.\*\*\*

—Estoy como si viviese en un sueño, Alejandro. Dame un cigarrillo, por favor. Me he dejado la pitillera. Fue todo muy rápido, jugábamos con Benjamín, Juan estaba muy contento, me contó que había comprado una avioneta. Estaba impaciente por que lo acompañase, mañana íbamos a regresar a Oviedo juntos en ella. De pronto, dio un traspíe, el bufón debía de estar tapado por la hierba alta: no sé cómo pudo suceder. No lo entiendo. Los niños no se han dado cuenta, salvo Benjamín. Estoy desolada, Alejandro, no sé qué hacer. Quise volver a Guadamía, pero no me han dejado.